



LISA  
KLEYPAS

*La hija del diablo*

Quinto volumen de la serie  
*Los Ravenel*

Aunque la joven viuda Phoebe nunca ha visto a West Ravenel en persona, tiene algo muy claro: es una persona malvada y un acosador. Hace años, en el internado, hizo de la vida de su marido un infierno y ella nunca lo perdonará por ello. Pero cuando Phoebe acude a un evento familiar, se topa con un extraño increíblemente encantador y atractivo que le produce descargas eléctricas: nada menos que el mismísimo West Ravenel.

West es consciente de que una mujer como Phoebe está totalmente fuera de su alcance, pero le consume un deseo irresistible hacia ella. Lo que West no sospecha es que no es la típica señorita aristócrata: es la hija de Lord St. Vincent, el hombre más depravado de toda Inglaterra.

En poco tiempo, Phoebe se propondrá seducir al hombre que ha despertado sus impulsos más básicos y le ha enseñado una forma de entender el placer con la que ni siquiera soñaba antes.

## Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Nota de la autora

La crema de verduras de primavera favorita de West Ravenel

*A nuestros queridos amigos Amy y Scott,  
que nos dejaron demasiado pronto*

Mi vela arde por ambos extremos,  
toda la noche no durará;  
pero, ay, enemigos, y, ay, amigos...,  
qué hermosa luz da.

EDNA ST. VINCENT MILLAY

## 1

*Hampshire, Inglaterra, 1877*

Phoebe no conocía a West Ravenel en persona, pero tenía una cosa bien clara: era un bruto y un vil acosador. Lo sabía desde que tenía ocho años, cuando su mejor amigo, Henry, empezó a enviarle cartas desde el internado.

West Ravenel fue un tema recurrente en las cartas de Henry. Era un niño desalmado y brutal, pero habían pasado por alto su constante mal comportamiento, tal como habría sucedido en casi todos los internados. Se consideraba inevitable que los niños de más edad dominaran y maltrataran a los más pequeños, y cualquiera que se fuera de la lengua era gravemente castigado.

Querida Phoebe:

Creía que sería divertido ir al internado, pero no lo es. Hay un niño, se llama West, que siempre me quita el panecillo del desayuno y ya es tan grande como un elefante.

Querida Phoebe:

Ayer me tocaba cambiar las velas. West metió velas trucadas en mi cesta y anoche una de ellas salió disparada como un cohete y le quemó las cejas el señor Farthing. Me castigaron con unos golpes de vara en la mano. El señor Farthing debería haber sabido que yo no haría algo tan evidente. West no se arrepiente de nada. Dijo que no podía evitar que el profesor fuera un imbécil.

Querida Phoebe:

Te he hecho este dibujo de West para que si alguna vez lo ves sepas que tienes que salir corriendo. No se me da bien dibujar, por eso parece un payaso pirata. También se comporta como si lo fuera.

Durante cuatro años, West Ravenel había molestado y torturado al pobre Henry, lord Clare, un niño bajito y enclenque de salud delicada. Al final, la familia de Henry lo sacó del internado y lo llevó a Heron's Point, no muy lejos de donde Phoebe vivía. El clima templado y saludable del pueblecito costero y sus afamados baños de agua marina ayudaron a que Henry recuperase la salud y el buen humor. Para alegría de Phoebe, Henry visitó su casa muy a menudo, e incluso estudió con sus hermanos y su tutor. Su inteligencia, su ingenio y sus tiernas excentricidades lo convirtieron en una persona especial para la familia Challon.

No hubo un momento concreto en el que el afecto infantil de Phoebe por Henry se convirtiera en algo nuevo. Sucedió de forma gradual, abriéndose paso en su interior con delicadas ramitas plateadas, floreciendo en un jardín lleno de piedras preciosas, hasta que un día lo miró y sintió la emoción del amor.

Ella necesitaba un marido que también pudiera ser su amigo, y Henry siempre había sido su mejor amigo. Lo comprendía todo de ella, al igual que ella de él. Eran la pareja perfecta.

Phoebe fue la primera en sacar el tema del matrimonio. Se quedó sorprendida y dolida cuando Henry intentó disuadirla con mucha ternura.

—Sabes que no puedo estar contigo para siempre —le dijo él al tiempo que la rodeaba con sus delgados brazos y le enterraba los dedos en los mechones pelirrojos que se le habían soltado del recogido—. Algún día acabaré estando demasiado débil para ser un marido o un padre de verdad. No podré hacer nada. Sería injusto para ti y para los niños. Incluso para mí.

—¿Por qué te resignas de esta manera? —le preguntó Phoebe, asustada por esa sosegada y fatalista conformidad con la misteriosa enfermedad que lo aquejaba—. Buscaremos otros médicos. Encontraremos lo que sea que te hace enfermar y también encontraremos la cura. ¿Por qué te rindes antes de que haya empezado siquiera la pelea?

—Phoebe —replicó Henry en voz baja—, la pelea empezó hace mucho. Me he pasado casi toda la vida cansado. Por más que descanse, casi no tengo fuerzas para aguantar todo el día.

—Yo tengo fuerzas por los dos. —Phoebe le apoyó la cabeza en el hombro, temblando por las emociones que la asaltaban—. Te quiero, Henry. Deja que te cuide. Deja que esté a tu lado durante el tiempo que podamos estar juntos.

—Te mereces algo más.

—¿Me quieres, Henry?

Esos ojos castaños, tan grandes y tiernos, relucieron a causa de las lágrimas.

—Tanto como un hombre puede querer a una mujer.

—¿Y qué más puede haber?

Se casaron. Una pareja de vírgenes que descubrieron entre risillas tímidas los misterios del amor con una torpeza afectuosa. Su primer hijo, Justin, era un niño de pelo oscuro con una salud de hierro que a esas alturas tenía cuatro años.

La salud de Henry sufrió el declive final dos años antes, justo antes del nacimiento de su segundo hijo, Stephen.

Durante los meses de luto y de desesperación que siguieron, Phoebe se fue a vivir con su familia y encontró un poco de consuelo en el cariñoso hogar de su infancia. Sin embargo, una vez terminado el periodo de luto, era hora de empezar una nueva vida como madre de dos niños. Una vida sin Henry. Qué raro se le antojaba. Pronto se mudaría de nuevo a Clare Manor, en Essex —una propiedad que Justin había heredado y que gestionaría cuando cumpliera

la mayoría de edad—, e intentaría educar a sus hijos tal como su querido padre habría deseado.

Pero, primero, tenía que asistir a la boda de su hermano Gabriel.

El miedo le provocó un nudo enorme en el estómago mientras el carruaje se acercaba a Eversby Priory. Era el primer evento social al que asistiría fuera de la casa de su familia desde la muerte de Henry. Aun a sabiendas de que se encontraba entre amigos y familiares, estaba nerviosa. Además, había otro motivo por el que estaba tan descompuesta.

La novia se apellidaba Ravenel.

Gabriel estaba prometido con una muchacha preciosa y excepcional, lady Pandora Ravenel, que parecía quererlo tanto como él a ella. Era fácil encariñarse de Pandora, porque era descarada y graciosa, y también imaginativa, de un modo que le recordaba un poco a Henry. También había descubierto que le caían bien los otros Ravenel a quienes conoció cuando fueron de visita a casa de su familia en la costa. Estaba la hermana gemela de Pandora, Cassandra, y su primo lejano, Devon Ravenel, que acababa de heredar el título de conde y que en esos momentos era lord Trenear. Su esposa, Kathleen, lady Trenear, era simpática y encantadora. De haber acabado la familia ahí, todo sería perfecto.

Pero el destino tenía un sentido del humor retorcido: el hermano menor de Devon no era otro que West Ravenel.

Por fin iba a conocer al hombre que había convertido en un infierno los años escolares de Henry. Era imposible evitarlo.

West vivía en la propiedad, sin duda dándose aires y fingiendo estar ocupado mientras dilapidaba la herencia de su hermano. Al recordar las descripciones de Henry del enorme y bruto holgazán, Phoebe se imaginaba a West Ravenel bebiendo tumbado, como una foca en la playa, mientras lanzaba miradas lascivas a las criadas que limpiaban lo que él ensuciaba.

No parecía justo que alguien tan bueno y tan amable como Henry hubiera vivido tan pocos años, mientras que un cretino como West Ravenel seguramente viviera hasta los cien.

—Mamá, ¿por qué estás enfadada? —le preguntó con inocencia su hijo Justin desde el asiento de enfrente. La vieja niñera que estaba a su lado se había recostado contra el rincón para dormir un poco.

Phoebe cambió la cara al punto.

—No estoy enfadada, cariño.

—Tenías las cejas muy bajas y los labios apretados como una trucha —dijo él—. Solo pones esa cara cuando estás enfadada o cuando Stephen ha mojado el pañal.

Miró a su hijo pequeño, que dormía en su regazo mecido por el balanceo del carruaje, y susurró:

—Stephen está bien seco y yo no estoy de mal humor. Estoy... En fin, ya sabes que hace mucho que no me relaciono con desconocidos. Tener que lanzarme de nuevo a la vorágine social hace que me sienta un poco tímida.

—Cuando el abuelo me enseñó a pescar en agua fría, me dijo que no me lanzara de golpe. Me dijo que primero uno se mete hasta la cintura, para que el cuerpo sepa lo que viene a continuación. Será una buena práctica para ti, mamá.

Mientras sopesaba las palabras de su hijo, lo miró con cariño y orgullo. Se parecía a su padre, pensó. Incluso de pequeño, Henry había sido muy comprensivo e inteligente.

—Intentaré meterme poco a poco —le aseguró—. Qué listo eres. Se te da muy bien escuchar a los demás.

—No escucho a todos los demás —la corrigió Justin sin miramientos—. Solo a quienes me caen bien. —Se puso de rodillas en el asiento y miró la antigua mansión de estilo jacobino que se veía a lo lejos y que en otro tiempo fue el hogar fortificado de decenas de monjes. Era un edificio alto y enorme con un sinfín de delgadas chimeneas. Era terrenal, estaba plantada firmemente en el suelo, pero se alzaba

hacia el cielo—. Es grande —dijo maravillado—. El tejado es grande, los árboles son grandes, los jardines son grandes, los setos son grandes... ¿Y si me pierdo? —No parecía preocupado, sino intrigado.

—Quédate donde estés y grita hasta que yo te encuentre —le contestó ella—. Siempre te encontraré. Pero no tendrás que hacerlo, cariño. Cuando yo no esté contigo, tendrás a Nana... No dejará que te alejes mucho.

Justin miró con escepticismo a la mujer mayor que dormía en un rincón y esbozó una sonrisilla traviesa al volver a mirar a su madre.

Nana Bracegirdle había cuidado a Henry desde pequeño, y por petición suya se encargaba de sus propios hijos. Era una mujer tranquila y agradable, con un cuerpo robusto que hacía que su regazo fuera el lugar perfecto para que los niños se sentaran mientras ella les leía, con los hombros del tamaño justo para los bebés llorones que necesitaban que los tranquilizaran. Su pelo era como una nube blanca bajo la cofia de batista. Los esfuerzos físicos de su profesión, como corretear detrás de niños revoltosos o sacarlos de la bañera, los realizaba en su mayoría una niñera más joven. Sin embargo, la mente de Nana estaba tan lúcida como siempre y, salvo por la necesidad de echarse alguna que otra siesta, era tan competente como siempre.

La hilera de carruajes avanzó por el camino, llevando a la familia Challon y a sus criados, así como una montaña de bolsas de cuero y baúles. La propiedad, al igual que los campos de labor que la circundaban, estaba muy bien cuidada, con setos altos y viejos muros de piedra cubiertos por rosales trepadores y por los delicados racimos morados de las glicinias. El jazmín y la madreSelva perfumaban el ambiente allí donde los carruajes se detuvieron delante del pórtico de entrada.

Nana se despertó de su siesta con un sobresalto y empezó a meter cosas en su bolsa de viaje. Le quitó a Stephen

de los brazos a Phoebe, que siguió a Justin cuando bajó de un salto.

—Justin... —lo llamó Phoebe, nerviosa, mientras lo veía internarse en la multitud de criados y de familiares como un colibrí para saludar a todo el mundo. Vio las siluetas conocidas de Devon y de Kathleen Ravenel, lord y lady Trenear, dándoles la bienvenida a sus invitados, que no eran otros que sus padres, su hermana menor, Seraphina, su hermano Ivo, y Pandora y Cassandra, además de un numeroso grupo de personas a quienes no reconocía. Todo el mundo reía y hablaba, animado por la emoción de la boda. El temor se apoderó de Phoebe al pensar que iban a presentarle a personas desconocidas con las que tendría que entablar conversación. Ojalá pudiera seguir llevando el manto protector del luto, con un velo que le cubriera la cara.

Con el rabillo del ojo, vio que Justin subía los escalones de entrada él solo. Al darse cuenta de que Nana hacía ademán de seguirlo, Phoebe le tocó el brazo.

—Ya voy yo detrás de él —susurró.

—Sí, milady —dijo Nana, aliviada.

Phoebe se alegraba de que Justin se hubiera colado en la casa, ya que eso le daba la excusa perfecta para evitar la recepción de los invitados.

El vestíbulo también estaba muy concurrido, pero el ambiente era más tranquilo y silencioso que el del exterior. Un hombre dirigía toda la actividad, dando órdenes a los criados que pasaban. Su pelo, de un castaño tan oscuro que podría confundirse con el negro, brillaba cuando la luz lo tocaba. En ese momento estaba escuchando al ama de llaves mientras esta le explicaba algo sobre los dormitorios de los invitados. Sin embargo, al ver que se acercaba el ayudante del mayordomo, le arrojó una llave que el recién llegado atrapó al vuelo antes de alejarse para seguir con sus tareas. Un galopillo que llevaba una pila de cajas de sombreros se tropezó, y el hombre de pelo oscuro extendió un brazo para que no se cayera. Después de apilar bien las

cajas de sombreros, le dijo al muchacho que siguiera a lo suyo.

La vitalidad tan masculina que irradiaba fascinó a Phoebe al instante. Superaba con creces el metro ochenta de estatura, tenía una complexión atlética y su piel lucía el tono bronceado típico de las personas que pasaban mucho tiempo al sol. Sin embargo, llevaba un traje bien confeccionado. Qué curioso. Tal vez fuera el administrador de la propiedad.

Se distrajo al darse cuenta de que su hijo se había detenido para investigar la balaustrada tallada de la doble escalinata. Lo siguió a toda prisa.

—Justin, no te alejes sin decírnoslo a Nana o a mí.

—Mira, mamá.

Siguió con la mirada la dirección de su dedito. Vio un nido de ratón tallado en la base del balaustre. Un detalle travieso e inesperado en el esplendor de la escalinata. Esbozó una sonrisa.

—Me gusta.

—A mí también.

Cuando Justin se agachó para mirar de cerca la talla, una bolita de cristal se le cayó del bolsillo y golpeó el suelo de madera. Consternados, ambos observaron cómo la bolita se alejaba rodando a toda velocidad.

Sin embargo, la bolita se detuvo de repente cuando el hombre de pelo oscuro le plantó la punta del pie encima demostrando tener un don de la oportunidad perfecto. Mientras terminaba de hablar con el ama de llaves, se agachó para recoger la bolita. El ama de llaves se alejó a toda prisa, y el hombre se volvió para mirar a Phoebe y a Justin.

El azul de sus ojos parecía increíble en contraste con su tez bronceada, y su sonrisa fue un deslumbrante relámpago. Era guapísimo, con facciones fuertes y bien definidas, y con unas arruguitas en el rabillo de los ojos por la risa. Parecía una persona irreverente y graciosa, pero también tenía un aura cínica y dura. Como si hubiera vivido experien-

cias de sobra en el mundo y le quedarán pocas ilusiones. De alguna manera, eso aumentaba su atractivo.

Se acercó a ellos sin prisa. Lo envolvía el agradable olor a aire libre: sol y viento, hierba recién cortada y un leve aroma a humo, como si hubiera estado junto a una hoguera. Tenía los ojos del azul más intenso que había visto en la vida, con un borde oscuro alrededor que parecía casi negro. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre la había mirado de esa manera, directa e interesada, un tanto coqueta. Experimentó al instante una sensación extrañísima que le recordó a los primeros días de su matrimonio con Henry: el deseo trémulo, inexplicable y vergonzoso de querer pegar su cuerpo de forma íntima al de otra persona. Hasta ese momento, solo lo había sentido con su marido, y nunca había sido tan impactante ni visceral.

Algo culpable y desconcertada, Phoebe retrocedió un paso mientras intentaba arrastrar a Justin.

Sin embargo, su hijo se resistió, ya que a todas luces creía que era él quien debía hacer las presentaciones.

—Soy Justin, lord Clare —anunció su hijo—. Esta es mamá. Papá no está con nosotros porque está muerto.

Phoebe era consciente del intenso rubor que la cubría desde el nacimiento del pelo hasta los pies.

El hombre no pareció tomárselo a mal, sino que se acuclilló para quedar a la altura de la cara de Justin. Su voz ronca hizo que tuviera la sensación de estar tumbada en un mullido colchón de plumas.

—Yo perdí a mi padre cuando no era mucho mayor que tú —le dijo el hombre a Justin.

—Oh, yo no he perdido al mío —fue la sincera réplica del niño—. Sé muy bien dónde está. En el cielo.

El desconocido sonrió.

—Un placer conocerlo, lord Clare. —Se estrecharon la mano con mucha pompa. El hombre sostuvo la bolita de cristal a la luz y se percató de la figurita de porcelana, con